

EL DULCE más BARATO

María Cristopher

Lic. en Música UAA, 2º semestre

Era el mes de abril del 2022 en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Yo me encontraba desayunando sola, lo que casi nunca en mi vida; desayuné con deseos de nutrirme. Después del último trago de refresco recuerdo que solté un suspiro, miré hacia la ventana y me imaginé disfrutando algo ligero que, sin masticar, pudiera pasar por mi garganta. Con el deseo rondando como urraca en ayunas, me dirigí a la tienda que se encuentra a un costado y poco más abajo del Departamento de Música, pasé por el orificio de persiana metálica y, recordando los días de la minoría de edad, pregunté por los precios de los cigarros esperando el “¿Trae su credencial?” o “No vendemos cigarros sueltos”. Cuatro pesos por dos Indy, dos Shot o dos Seneca, seis por un Pall Mall, cinco el Marlboro; nueve noventa un camión de aquí a Mahatma y otros veinte de Mahatma a Guamerú. ¿Qué tanto son dos varos, tres por un cigarro y una mente relajada gracias a la nicotina y el sol?

Cuando fumo los otros se me quedan viendo, me juzgan, mi humo recién exhalado y bien desaprobado se dispersa y viaja hasta sus sentidos. “Tu carro también contamina”, pienso. ¿Qué doctor te dijo a ti que chingarse las arterias y el hígado por alcohol es menos peor que chingarse un cigarrín? Que yo sepa no soy la única aquí, también hay personas que después de un turnito van a la azotea o salen a comprarse uno o dos del cigarro más barato.

Comencé a fumar por enojo a mis padres que pensaban mal de mí cuando salía a desgastarme de camino a la orquesta. Qué agrio, cabrón, el tabaco y sus reproches. Yo quería en aquel entonces que se fregara algo más que mi estabilidad emocional adolescente, prefería que ese dolor se volviera físico. Chíngame bien, cigarrín, porque no sé si mañana quiero despertar.

“¿Alguien que guste compartir hábitos conmigo?”, dice mi estimado con la cajetilla abierta después de uno de mis discursos sobre de-

jar el vicio. “Te ves agüitada, carnalilla, ¿no quieres un tafo?” , le pregunto a una china que se ve cansada y madreada por la pensadera. “¿Qué, mi eriza? ¿Y la proteína? Fuga, hermana, que si no nos desvanecemos pa’ la siguiente clase”. No, caray, que el tabaco pa’ mí son mis relaciones.

—Deme dos del más barato pa’ compartir la amistad —al fin decidí pedirle a la empleada, pues comenzaba a desesperarse por mi indecisión.